

Últimas páginas

Domingo Martínez Aguilar

Corría el mes de marzo de 1988 –yo tenía entonces 35 años– cuando me ofrecieron incorporarme al equipo de redacción de *Hacer*, el periódico quincenal del MC. En principio, de manera provisional, con la función de corregir textos (oficio que había aprendido en mi larga etapa en el diario *ABC*) y de apoyar las labores de facturación y distribución. Poco podía imaginar en aquel momento que la supuesta provisionalidad se alargaría durante casi 27 años.

En *Hacer* coincidí con compañeros como Vicente Baixauli, Nacho Abad, Francisco Cenamor y Manuel Llusia, este último responsable de la publicación. En aquella época los textos se escribían aún en las viejas Olivetti. Pero pronto los vientos de las nuevas tecnologías irrumpieron también en la redacción, y las máquinas de escribir fueron reemplazadas progresivamente por aquellos rudimentarios ordenadores con pantallas mastodónticas de tonos grises y negros.

Más de tres años después, a finales de 1991, y como consecuencia de la efímera fusión entre MC y LCR, que dio lugar a Izquierda Alternativa, acababa el corto periplo de *Hacer* (algo más de cuatro años) y asistíamos al nacimiento de *Página Abierta*, cabecera que se escogió mediante un concurso de propuestas de nombre. Y, básicamente, el mismo equipo que sostuvimos *Hacer* nos encargamos de las tareas de edición de la nueva publicación, con la única novedad de la valiosa incorporación de Mamen Briz.

En sus inicios, y hasta 1993, la aparición de *Página Abierta* fue quincenal, lo que nos proporcionaba escaso respiro entre un cierre y otro. Por esa razón, y también para disminuir los costes de edición, la revista, en una segunda fase, se tornó mensual, y así se mantuvo en los siguientes quince

años. Finalmente, a partir de 2009, cuando el equipo de redacción había ya años que se había reducido únicamente a tres personas (Vicente Baixauli, Manuel Llusia y quien esto escribe), la revista se convirtió en bimestral. Además, con cada modificación de la periodicidad se introducían también cambios en el diseño y se incrementaba el número de páginas.

De este modo, *Página Abierta* ha ido acumulando años hasta rebasar los 25 de existencia, en los que han visto la luz 250 números, incluido el actual (15 de ellos, dobles). Ni que decir tiene que en este cuarto de siglo se han sucedido acontecimientos sociales, políticos, económicos, medioambientales y culturales de gran relevancia, tanto en nuestro país como en el resto del mundo, y de gran dimensión histórica. Por nuestra parte, en las páginas de la revista, hemos publicado innumerables análisis y reflexiones al hilo de muchos de esos hechos, y siempre lo hemos intentado hacer profundizando en ellos y desde un enfoque crítico.

En esos casi 27 años de participación en la edición de *Hacer* y *Página Abierta*, mi labor no se limitó a corregir textos o a tareas «logísticas», sino que enseguida debí asumir funciones no previstas en el «contrato». Entre ellas, una para la que no poseía mucha pericia, como era la de redactar. Siempre he considerado que escribir bien es un arte que no está al alcance de cualquiera. Y escribir bien, con ra-

De este modo, *Página Abierta* ha ido acumulando años hasta rebasar los 25 de existencia, en los que han visto la luz 250 números, incluido el actual (15 de ellos, dobles).

pidez y sentido, cualidades que debe poseer un periodista que se precie, no constituía precisamente una de mis habilidades. Así y todo, sin serlo, tuve que ejercer de periodista cuando las circunstancias lo demandaban. Eso me obligó a tomar contacto con algunos de los géneros del oficio, ya fuera la entrevista, la crónica o el reportaje.

Precisamente, guardo especial recuerdo de algunos viajes que se me encomendaron como «corresponsal», tanto en *Hacer* como en *Página Abierta*, que me permitieron familiarizarme con el género del reportaje. Me estrené en esa faceta de reportero con un viaje a Anchuras (Ciudad Real), para interesarme por la oposición de los vecinos de este pequeño municipio al proyecto de instalación en él de un campo de tiro para el Ejército del Aire. Un viaje, por lo demás, que pudo tener un final aciago, pues cuando regresaba a Madrid se reventó una de las ruedas delanteras del coche y éste se salió de la carretera y dio varias vueltas de campana. Por suerte, y salvo alguna pequeña contusión, salí ileso del percance.

Las siguientes salidas me condujeron a tres focos de conflictos laborales. El primero de ellos a Ferrol (A Coruña) para vivir de cerca por las movilizaciones de la gente trabajadora de la naval. El siguiente a Santa Cruz del Sil (León), donde tuve la oportunidad de entrevistar, en las entrañas de una mina, a una decena de mineros de la empresa Victoriano González allí encerrados en defensa de sus puestos de trabajo. Y un tercero a Linares (Jaén), municipio en el que los empleados de Santana Motor, arropados por los vecinos, se movilizaban por la misma razón que los mineros leoneses.

Mi último viaje data de julio de 1996, y me condujo, a bordo del llamado *tren negro*, a cubrir la edición de ese año de la Semana Negra de Gijón, la muestra internacional de novela negra que se celebra cada verano en esa ciudad asturiana. Y a partir de esa fecha, ● ● ●

- ● ● cesaron definitivamente los viajes debido a que la situación financiera de la revista no lo permitía.

Junto a nuestros desvelos por hacer de *Página Abierta* una publicación con contenidos y edición dignos, otra preocupación permanente en este cuarto de siglo ha consistido en buscar fuentes de financiación que permitieran enjugar el endémico déficit que generaban los costes de edición de la revista. Con ese propósito, desplegamos diversas iniciativas a partir de finales de los años noventa. Una de ellas consistió en distribuir la revista en quioscos y librerías principalmente de Madrid (en un primer momento logramos llegar a 80 quioscos y 16 librerías). Así, recuerdo que, tras la salida de cada número de *Página Abierta*, Mamen y yo nos reconvertíamos en improvisados repartidores de prensa durante un par de mañanas. Con la furgoneta del compañero Vicente cargada de paquetes, nos sumergíamos en el agobiante tráfico de Madrid y recorríamos esos casi cien puntos de venta, depositando en cada uno de ellos tres ejemplares y recogiendo los no vendidos del número anterior. Y pese a que las ventas fueron insignificantes desde el principio y no compensaban el esfuerzo y gasto invertidos, mantuvimos el reparo durante 17 años.

Dentro de esa aspiración por garantizar la viabilidad de *Página Abierta*, desde aquella época y hasta hace pocos años, no hemos dejado de solicitar las ayudas que el Ministerio de Cultura destina anualmente a publicaciones no diarias sin ánimo de lucro. Pero, a pesar de nuestra persistencia y de reunir todos los requisitos exigidos, el ministerio se ha mantenido imperturbable en su determinación de no concedernos ni un solo euro de ayuda.

Con todo, y sorteando todo ese cúmulo de adversidades, *Página Abierta* ha logrado mantener el tipo más de un cuarto de siglo. Esto ha sido posible gracias a que ha contado con el sustento de sólidos pilares. El fundamental lo han constituido los cientos de suscriptores que se han mantenido fieles hasta el día de hoy. Y, además, hemos teni-

do la fortuna de haber contado con otro pilar representado por un nutrido grupo de colaboradores y colaboradoras que han aportado sus escritos, cuando se les ha requerido, de una manera desinteresada.

Aquí, por razones de espacio, me limitaré a mencionar solo a algunos de ellos, los de la última etapa: Francisco Castejón, Antonio Antón, Gabriel Flores, José I. Lacasta Zabalza, Paloma Uría, Alfonso Bolado, Miguel Rodríguez Muñoz, José M. Pérez Rey, María Gascón, Daniel Soutullo, Alberto Piris, David Perejil, Javier Álvarez Dorrnsoro, Eugenio del Río, Empar Pineda, Cristina Garaizabal, Javier Villanueva, Francisco Torres, María Antonia Caro, Carlos Vaquero, Fernando Fernández-Llebreg, Jesús Martín, Rafael Arias... Pero también es obligado citar a aquellos que, generosamente, nos han apoyado diseñando un buen número de portadas, como es el caso de Ferran Fernández, o encargándose durante largo tiempo de tareas de tipo administrativo, como hizo José Martínez Bruguera.

Tampoco olvidaremos a eximios colaboradores desde la primera hora que, desgraciadamente, fallecieron en estos años, como Rafael Chirbes, Javier Ortiz, Montse Oliván, Antonio Lucena, Ignasi Álvarez o Andrés Bilbao.

No quisiera terminar estas líneas sin manifestar mi afecto y gratitud, por lo que me han aportado, a las personas con las que he compartido esta venturosa tarea de editar *Página Abierta* durante más de cinco lustros. Especialmente a Manuel Llusia y Vicente Baixauli, con los que he trabajado hasta el final y de los que he aprendido y he recibido apoyo cuando lo he requerido. Me parece, además, encomiable que, tras mi salida de la revista, ambos, lejos de tirar la toalla, se echasen a la espalda la tarea de mantenerla en pie y se dejasen muchas de sus energías en ese empeño.

Sobre todo en la última etapa, debido a la escasez de medios humanos y materiales, cuando encarábamos la edición de cada número, invariablemente me invadía la sensación de que con tan escasas manos no seríamos capaces de sacarlo adelante. Pero, tras

improbo esfuerzo, siempre se operaba lo que, para mí, no dejaba de ser una suerte de «milagro»: lo cerrábamos más o menos en la fecha prevista y, tras su apresurado paso por la imprenta y la encuadernación, la revista llegaba a nuestras manos.

Ahora, por consunción, *Página Abierta*, tras más de 25 años de no faltar a la cita con sus lectores y lectoras, apura sus últimas páginas y se despide. Por desgracia, no hay milagro que cien años dure. ■